

# EL COCODRILO

AITANA

## EL COCODRILO

Me llamo Tadeo. Hace quince años tuve una enfermedad degenerativa. Poco a poco fui perdiendo la visión hasta quedarme completamente ciego. No hay remedio para mi mal. Los especialistas me han dicho que es una enfermedad congénita, sin solución hasta la fecha.

Vivo solo ya que mi mujer falleció hará unos tres años. Habitualmente como en casa de mis hijos o en una cafetería cercana a mi domicilio, que se llama Averno, donde suelo quedar con mis amigos y conocidos. Mi compañía fundamental son los que fueron mis compañeros de estudios y trabajo, con los cuales salgo a dar una vuelta por las mañanas y las tardes. Mis hijos y nietos comparten a menudo mi vida. La radio me hace mucha compañía y acostumbro a tenerla encendida todo el día. Oigo de todo, música, noticias, tertulias y sobretodo deportes. Precisamente hoy me ha llamado la atención un anuncio del Aquarium que decía habían incorporado un cocodrilo de unos cinco metros de largo, traído de África y apodado el asesino del Nilo, pues había matado y comido del orden de unos cuarenta o cincuenta pescadores.

He quedado con mi amigo Tobías, compañero desde que teníamos diecisiete años, en el bar Averno. Es abogado jubilado y va a mirar unos papeles de mi mujer, pues un tal Dámaso Natan me ha llamado diciéndome que ella le debía dinero, y que yo, como cónyuge sobreviviente, debía abonarlo. La historia me ha parecido muy rara, y el tono de voz del tal Natan sonaba a mafioso chantajista. Me extraña lo que me ha contado, pues mi mujer nunca me dijo nada y por otro lado su forma de ser era totalmente ajena a dejar “pufos” por ahí. De todas maneras me puede la curiosidad y, Tobías, el tal Dámaso y yo hemos quedado citados a las doce.

Salgo de mi casa, con mi bastón que me indica el camino, con los suaves golpes que doy a la pared de mi derecha, que es la referencia que me han enseñado en la ONCE. Llego al cruce de la calle que conduce al Averno y me detengo esperando que el buen samaritano de todos los días me ayude a pasar. Efectivamente, al cabo de dos minutos una voz femenina me pregunta si deseo cruzar. Al decirle que si, su mano me coge del brazo y juntos pasamos la calle, mientras me dice:

—La radio ha dicho que el cocodrilo que han traído para el Aquarium se ha escapado y anda suelto por la ciudad. Usted que no ve, debe tener cuidado, no vaya a ser que le meta el bastón en el ojo y se enfade el animal.

El Averno tiene dos puertas y dos zonas perfectamente diferenciadas, una con un mostrador y unos taburetes anclados de baja altura, y otra con otro mostrador de taburetes altos y sueltos. Entro y me acomodo en la zona del mostrador alto y en uno de los taburetes que allí existen. Como siempre, digo:

—Buenos días Jesús, una jarrita de cerveza y unas patatas fritas.

El silencio es toda la respuesta que recibo. Solo percibo el ruido sordo que emite un cuerpo que se arrastra por el suelo. A mis narices llega un tufo de sangre y cuerpos desgarrados. Con la gayata golpeo el suelo y el bastón choca con algo muy duro y resistente. Tengo un fogonazo en el cerebro. Allí está el asesino del Nilo que se ha escapado del Aquarium y, mira qué puta casualidad, ha ido a refugiarse en el Averno.

Con una agilidad impropia de mi torpeza de movimientos y de mis kilos, me encaramo encima del mostrador, procurando que nada de mí se asome por el borde del mismo. Noto que el aire a mí alrededor se mueve, pues el bicho intenta atraparme con su hocico alargado, pero no llega. Mi postura es incómoda, pero no me muevo ni un pelo. Sudo por todos los poros de mi cuerpo y no solo eso, me orino y defeco sin ningún control. Aunque hace años que no rezo, en un instante recito todas las oraciones que sabía de niño y que eran muchas.

En ese momento oigo una voz que reconozco como la de Tobías:

—Tadeo, ¿qué haces tumbado encima del mostrador?

Al instante le cambia la voz y con un tono agitado, grita:

—Hostias, menudo lagarto tienes debajo y la carnicería que ha montado. Ni se te ocurra moverte, voy a buscar ayuda y vuelvo.

Suena la puerta que se cierra. De nuevo el olor de sangre, esta vez mezclado con el de mis heces, se apodera del ambiente. Sigo notando cómo el cocodrilo intenta alcanzarme con su hocico pero no llega. El tiempo se me hace eterno. Transcurridos unos diez minutos oigo abrirse la puerta, suenan voces y se oye el chasquido de montar los fusiles. Una voz fuerte y autoritaria dice:

—Que no dispare nadie. El primero que va a hacerlo es el veterinario. Cuando el cocodrilo este anestesiado, entramos todos y con las cuerdas y la cinta aislante le cerraremos la boca. La grúa se encargará de sacarlo.

En cinco minutos se produce todo. Oigo al veterinario decir que “le he metido un jeringazo que le va a hacer dormir dos meses seguidos”. El cocodrilo está sedado y su espantoso hocico cerrado y sellado. La grúa empieza a sacar al animal. Tobías, con un pañuelo en las narices, se acerca y comenta:

—Mas vale que seas ciego y no veas nada, el espectáculo, es terrible. El asesino ha destrozado por lo menos a dos o tres personas que debía haber en el bar. Muévete, nos vamos a tu casa para que te laves y cambies de ropa.

Andando muy despacio salgo del bar apoyado en Tobías. Se me llenan los ojos de lágrimas pensando en el pobre Jesús, y sigo sin saber quién sería el tal Dámaso Natan al que al parecer mi mujer le debía dinero.